

A person is shown from the back, in silhouette, standing in a desert landscape. The sky is a vibrant mix of orange, red, and yellow, suggesting a sunset or sunrise. The person's hair is long and dark, and they are wearing a dark jacket. The overall mood is dramatic and intense.

CORAZÓN DE FUEGO

MOIRA YOUNG

CORAZÓN DE FUEGO

MOIRA YOUNG

Traducción de
Verónica Canales Medina

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Blood Red Road*

Diseño de la cubierta: departamento de diseño de Random House Mondadori

Primera edición: abril de 2012

© 2011, Moira Young

© 2012, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Verónica Canales Medina, por la traducción

Fotografía de la chica en cubierta: © 2012, Michael Frost

Fotografía del desierto en cubierta: © Thinkstock/Getty Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-763-7

Depósito legal: B-6.677-2012

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado En Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GT 1 7 6 3 7

Dedicado a mis padres y a Paul

Lugh nació primero, sí. El día más corto de todo el año, cuando el sol está muy bajo en el cielo.

Luego yo. Dos horas más tarde.

Eso es todo, más o menos.

Lugh va primero, siempre primero, y yo, pues le sigo detrás.

Y no pasa nada.

Eso está bien.

Es como tene que ser.

Porque está todo planeado. Está todo pensado y eso.
La vida de todos los que ya han nacido.
La vida de todos los que tienen que nacer todavía.
Estaba todo escrito en las estrellas cuando empezó el mundo.
La hora de tu nacimiento, la hora de tu muerte y eso. Hasta la
persona cómo vas a ser, buena o mala, digo.

Si sabes leer las estrellas, sabes leer la historia de la vida de la persona, sí. La historia de tu propia vida. Las cosas que ya no están, las cosas que están ahora y las cosas que estarán mañana.

Antes, cuando padre era pequeño, se encontró con un viajero, un hombre que sabía un montón. Le enseñó a padre a leer las estrellas. Padre nunca dice qué ve en el cielo de la noche, pero se nota que lo piensa mucho.

Porque es que no se puede cambiar lo que ya está escrito.

Da igual que padre dice lo que sabe, da igual que te dice que tienes cuidado, da igual, vamos, porque pasaría de todas formas.

Yo veo cómo mira a Lugh a veces. Cómo me mira a mí.

Y es que me gustaría mucho que padre nos decía lo que sabe.

Creo que a padre le gustaría no haber conocido a ese viajero.

Si es que nos ve alguien a Lugh y a mí juntos, y no se cree, ni en mil años, que somos de la misma sangre.

Es que no se cree que crecimos juntos en el mismo vientre.

Él tiene el pelo como el oro. Yo lo tengo negro.

Ojos azules. Ojos marrones.

Fuerte. Como un palillo.

Guapo. Fea.

Él es mi luz.

Yo soy su sombra.

Lugh brilla como el sol.

Por eso los hombres lo encontraron así de rápido, seguro.

Solo tuvieron que seguir su luz.

Lago de Plata

Hace mucho calor. Hace tanto calor y está todo tan seco que la boca me sabe a tierra. Es ese calor seco, tan seco que el suelo se raja y todo.

Hace ya casi seis meses que no caye ni una gota de lluvia, ni nada.

Hasta la fuente de donde vene el agua del lago ya empieza a secarse y todo. Si es que ahora hay que caminar hasta muy lejos para llenar el cubo.

Muy pronto ya no poderemos llamarlo a este lugar como se llama ahora: lago de Plata.

Todos los días, padre proba un encantamiento nuevo o un hechizo nuevo.

Y todos los días hay un montón de nubes supergordas en el horizonte.

El corazón nos va más rápido y tenemos más esperanza porque las nubes grandes se nos van acercándose a nosotros. Pero, mucho antes de llegar hasta donde estamos, se rompen, sí, y se hacen más finas y desaparecen. Todo el rato igual.

Padre nunca dice ni mu. Se queda como mirando al cielo, pasmado, al cielo sin nubes y malo. Luego junta un montón de ramitas

o piedras o lo que es que agarra del suelo y lo aparta todo para el día siguiente.

Hoy se ha tirado el sombrero para atrás. Ha levantado la cabeza y se ha quedado mirando al cielo durante un montón de rato, sí.

—Me creo que intentaré hacer un círculo, sí —dice padre—. Sí señor, me parece que el círculo es lo que funcionará.

Lugh hace tiempo que ya lo dice. Padre está cada día más y más mal.

Cada día seco que pasa, hay una parte de padre que parece que... es como si desaparecía, sí, es como si ya no estaba.

Antes podíamos sacar algún pescado del lago o pillar algún bicho con las trampas. Lo demás lo plantábamos, lo encontrábamos rebuscando por ahí, y, más o menos, nos las apañábamos. Pero hace un año que, da igual lo que hacemos, sí, da igual que nos empeñamos mucho, no sacamos nada de nada. Sin lluvia no hay nada. Aquí estamos y vemos cómo se more la tierra, poco a poco.

Y con padre pasa lo mismo. Cada día que pasa, todo lo bueno que tenía se seca. A ver, es que hace ya mucho que no está bien. Del todo bien, no. Desde que madre murió, no. Pero lo que dice Lugh es verdad.

Igualito que la tierra, padre se está poniéndose más mal y cada día mira más al cielo y no a lo que tiene delante de las narices. Yo creo que a nosotros ya ni nos ve. No, la verdad es que ya no nos ve.

Emmi ahora parece un animal salvaje, lleva el pelo todo sucio y la cara llena de mocos. Si Lugh no le iba detrás, yo me creo que no se lavaría nunca.

Antes de que Emmi estaba, cuando madre todavía estaba viva y todo iba muy bien, padre era diferente. Madre siempre lo hacía reír.

Padre jugaba al pilla-pilla con Lugh o nos tiraba al aire hasta que chillábamos y le decíamos que para, para. Y él nos contaba que el mundo más allá de lago de Plata era muy malo. En ese tiempo, yo creía que no había nadie en el mundo más fuerte, ni más alto ni más listo que padre.

Me lo miro sin que vea que me lo miro mientras Lugh y yo arreglamos el tejado de la cabaña. Las paredes son bastante fuertes, porque están hechas con neumáticos montados uno sobre otro. Pero las corrientes de aire caliente, que son muy malas y que soplan sobre el lago, se meten por los huecos más pequeños y levantan partes del tejado y las tiran al suelo. Tenemos que estar todo el rato arreglándolo, maldición.

Por eso, después de la ventolera caliente de anoche, Lugh y yo nos hemos ido al vertedero a primera hora de la mañana a rebuscar por ahí. Hemos estado metiendo las narices en una parte del vertedero que nunca habíamos veído y hemos encontrado un montón de chatarra muy buena, de primera, vamos. Una placa enorme de metal, que no está muy oxidada, y un perolo para cocinar con mango y todo.

Lugh arregla el tejado mientras yo hago lo mismo de siempre: ir escalera arriba y escalera abajo y le paso todo lo que necesita.

Nero hace lo mismo de siempre: se me pone encima del hombro y grazna muy fuerte, me grazna justo en la oreja para decirme lo que piensa, sí. Es que este Nero siempre tiene que decir lo que piensa, y además es muy listo. Ya te digo, yo creo que si sabíamos entender lo que dicen los cuervos, nos enterábamos de que sabe una o dos cosas de cómo arreglar bien un tejado.

Algo sabrá sobre el tema, ya te digo, me apuesto lo que quieras. Lleva cinco años del tirón vendo cómo arreglamos el tejado. Desde

que me lo encontré que se había cayido del nido y su madre no estaba por ningún lado. Padre no se ponió muy contento que decimos cuando me veió aparecer por la casa con un pollo de cuervo. Me deció que algunos pueblos creen que los cuervos llaman a la muerte, pero yo quería criarlo a mi manera, y cuando yo digo que voy a hacer algo nadie me lo quita de la cabeza.

Y luego está Emmi. Está haciendo lo que hace siempre: darnos la vara a Lugh y a mí. Se me pega detrás mientras subo y bajo la escalera para ir al montón de chatarra y volver.

—Quero ayudar —me dice.

—Pues aguántame la escalera —le solto.

—¡Que no! ¡Yo quero ayudar de verdad! ¡Tú solo me dejas aguantar la escalera!

—Pues claro, porque a lo mejor solo vales para eso. ¿No lo has pensado o qué pasa?

Cruza los brazos sobre su cuerpo de fideo y se me queda mirándome.

—Eres muy mala —me solta.

—Siempre estás con lo mismo.

Subo por la escalera, con un trozo de metal oxidado en la mano, pero no llevo ni tres peldaños y Emmi la agarra y empieza a menearla. Yo me agarro bien para no caerme. Nero chilla y move mucho las alas como si eran un montón de plumas sueltas. Me quedo mirándome a Em.

—¡Para ya! —le grito—. Pero ¿qué intentas?, ¿es que me quieres matar o qué?

Lugh asoma la cabeza por un lado del tejado.

—Ya está bien, Em —le solta—, se acabó. Ve a ayudar a padre.

Y ella se marcha enseguida. Emmi siempre hace lo que Lugh le manda.

—Pero es que yo quiero ayudar. —Y pone su cara de enfurruñada.

—No necesitamos tu ayuda —le digo—. Nos las apañamos muy bien sin ti.

—¡Eres la hermana más mala del mundo entero! ¡Te odio, Saba!

—¡Pues vale! ¡Porque yo también te odio a ti un montón!

—¡Ya está bien! —nos grita Lugh—. ¡Las dos a callar de una vez!

Emmi me saca la lengua y se larga dando pasos enormes. Volvo a apoyar la escalera en el tejado, subo y le paso a Lugh la plancha de metal.

—Te juro que un día de estos me la cargo, que sí.

—Solo tene nueve años, Saba. Poderías intentar ser un poco más buena con ella, para variar, vamos.

Solto un gruñido, me subo al tejado y me agacho. Desde aquí arriba se ve todo. Emmi está por ahí dando vueltas con el triciclo que Lugh se encontró en el vertedero. Padre está en su círculo de conchas.

Solo es un montón de tierra que alisó dándole al suelo con las botas. No nos deja ni acercarnos, no si él no dice que podemos acercarnos. Padre siempre está haciendo sus cosas por ahí, barre las ramitas o la arena que el viento lleva hasta allí.

Todavía no ha ponido ningún palito para su círculo de la lluvia en el suelo. Me quedo mirándomelo mientras deja la escoba. Da tres pasos a la derecha y tres pasos a la izquierda. Y luego, otra vez. Y otra vez, lo hace más.

—¿Has veído en lo que anda padre? —le digo a Lugh.

Lugh no levanta la cabeza. Se queda como si nada dándole con el martillo al trozo de metal para aplanarlo.

—Ya lo he veído. Ayer también lo hacía. Y antes de ayer.

—¿De qué va todo eso? Eso de ir a la derecha, a la izquierda y luego otra vez lo mismo y lo mismo otra vez.

—¿Y yo cómo quieres que lo sabo? —Tene los labios superapretados. Ha ponido esa cara que pone él, sí. Con la mirada esa de ojos en blanco que pone cuando padre dice algo o le pide que haga algo. Últimamente veo que la pone mucho.

—¡Lugh! —Padre levanta la cabeza y se pone la mano encima de los ojos para que no le da el sol—. ¡Necesito que me echas una mano, hijo!

—¡Maldito viejo loco! —solta Lugh bajito para que no le oyen. Le da al trozo de metal un golpe superfuerte con el martillo.

—No dices eso. Padre sabe lo que hace. Sabe leer las estrellas.

Lugh me echa una mirada. Sacude la cabeza, como si no podía creer lo que acabo de soltar.

—¿Es que todavía no te has caído del guindo? Se lo imagina todo. Que se lo inventa, digo. En las estrellas no hay nada escrito, que te enteras ya. No hay ningún gran plan. El mundo va como va. La vida va como va en este maldito lugar dejado de la mano de Dios. Eso es todo, y punto. Hasta el día que moramos, vamos. Una cosa te voy a decir, Saba: yo ya he aguantado todo lo que podía aguantar.

Lo miro.

—¡Lugh! —grita padre.

—¡Que estoy ocupado te digo! —le grita Lugh.

—¡Ven enseguida, hijo!

Lugh solta un taco por lo bajini. Tira el martillo, me da un empujón al pasar a mi lado y casi, pero casi, casi, tira la escalera al suelo. Se acerca superrápido a padre. Le quita las ramitas de la mano y las tira al suelo. Se quedan todas desparramadas por ahí.

—¡Ahí las tenes! —grita Lugh—. ¡Ya está! ¡Eso servirá! ¡Eso hará que llueva de una puta vez! —Empeza a darle patadas al círculo para el encantamiento que padre acaba de dibujar hasta que la tierra empieza a levantarse. Empuja a padre con el dedo en el pecho—. ¡Desperta, viejo! ¡Vives siempre soñando! ¡La puta lluvia no llegará nunca! Este podrido agujero está muriendo y nosotros también moriremos si nos quedamos aquí. Pues, adivina una cosita, ¡yo ya no te penso seguirte más la corriente! ¡Me largo!

—Sabía que esto ocurriría —dice padre—. Las estrellas me decidieron que tú no eras feliz, nada feliz, hijo. —Se acerca y le pone una mano en el brazo a Lugh.

Lugh se la quita de encima con tanta fuerza que padre casi se caye de culo al suelo.

—¡Estás como una cabra, ¿te enteras?! —le grita Lugh en su cara—. ¡¿Que las estrellas te lo han decidido?! ¿Por qué no intentas escuchar lo que yo te digo de una puta vez, para variar? —Se va corriendo.

Yo bajo, disparada, la escalera. Padre se queda ahí, plantado, mirando al suelo, todo encorvado.

—Yo es que no lo entendo —dice—. He veído que llegaba la lluvia... Lo leo en las estrellas, pero es que... no llega. ¿Por qué no llega?

—No pasa nada, padre —le dice Emmi—. Yo te ayudo. Poneré las ramitas donde tú quieras. —Se arrastra a cuatro patas por el suelo y recoge todas las ramitas. Mira a padre y se queda sonriéndole, toda

nerviosa—. Lugh no te quería decirte eso, padre. Yo sabo que no te quería decirte eso.

Yo paso justo por delante de ellos.

Sabo adónde se ha marchado Lugh.

Lo encuentro en el jardín de las piedras de madre.

Está sentado en el suelo, en medio de todas esas figuras de formas como espirales, de los cuadrados y de los círculos y de todos esos caminitos, todos montados con piedras diferentes, todas de un color distinto y de un tamaño distinto. Todas esas piedrecitas que ponió madre ahí con sus propias manos. Nunca quería que nadie la ayudaba.

Ponió la última piedra en su sitio con mucho cuidado, sí. Se quedó ahí agachada y me sonrió y se frotaba esa panzota tan gorda que tenía porque estaba embarazada. Llevaba el pelo rubio como el oro peinado con una trenza que tenía encima del hombro.

—¡Ya está! ¿Lo ves, Saba? Pode haber cosas bonitas en todas partes. Aquí y todo, vamos. Y si no hay algo bonito, pues te lo inventas y ya.

El día después de eso, parió a Emmi. Un mes antes de tiempo. Madre sangró durante dos días enteros, y luego se morió. Le hacemos una pira funeraria muy alta y enviamos su espíritu a las estrellas otra vez, sí. En cuanto echamos sus cenizas al viento, lo único que nos quedó entre las manos fue Em y nada más.

Un montón de carne roja y fea con el latido del corazón como un soplo. Parecía más una cría de rata que una persona. Por narices, no tenía que vivir más que un día o dos. Pero, no se sabe cómo, aguantó y aquí la tenemos todavía. Aunque es pequeña para la edad que tene, y está muy flaca.

Durante un montón de tiempo es que no podía ni mirarla a la cara.

Cuando Lugh me dice que no tenía que ser tan dura con Emmi, yo le solto que, si no es por ella, madre viviría y eso. Y él no pode contestarme nada porque sabe que es verdad, pero siempre move la cabeza y solta que ya es hora de que lo superas, Saba, y eso.

Últimamente la soporto, a Emmi, digo, pero eso es todo.

Ahora cojo y me sento en el suelo duro, y pono la espalda pegada a la de Lugh. Me gusta cuando nos sentamos así. Noto cómo me ruge su voz dentro del cuerpo cuando habla. Cuando los dos estábamos dentro de la panza de madre seguro que era así. Pero, claro, en ese momento no sabíamos hablar, ni él ni yo. Nos quedamos sentados así un rato, sin decir nada.

—Hace un montón que nos teníamos que habernos largado de aquí —me dice Lugh—. Seguro que hay sitios mejores que este. Padre nos tenía que habernos sacado de este lugar.

—No te vas a marcharte de verdad.

—¿Que no me voy a marcharme? No me voy a quedarme por nada del mundo. No me voy a quedarme aquí sentado esperando a palmarla.

—¿Y dónde te vas a marcharte?

—Me da igual. A cualquier lugar, cualquier lugar menos lago de Plata.

—Pero no podes. Es demasiado peligroso.

—Eso es lo que dice padre y ya está. Tú sabes y yo sabo que nunca nos hemos alejado a más de un día de caminata en ninguna dirección en toda nuestra vida. Nunca hemos veído a nadie que no es yo a ti y tú a mí; vamos, a nadie que no es de la familia.